

GRANDEZAS DE MARÍA.

DISCURSO I.

Mulier amicta sole.
Una mujer vestida del sol.
(APOC. XII, 1.)

La principal grandeza del hombre, su grandeza más íntima y personal es, hermanos míos, la pureza ó la santidad. La pureza es el orden y la armonía, y el orden y la armonía son la primera luz que brilló en los séres. Hé ahí porque Dios, que deseaba realizar en María la más sorprendente grandeza que jamás se haya admirado en criatura alguna, desde los primeros instantes de su existencia la favoreció con una pureza sin mancha. De los tesoros de su infinita bondad sacó el alma más bella que había criado; y después de adornarla con la pureza, la gracia y la inocencia, la unió al cuerpo más digno de estas tres bellas cualidades. Tal fué el milagro de la Concepción Inmaculada, principio de grandeza que fué en la Santísima Virgen el punto de partida de esa grandeza personal, á la que debía alcanzar por medio de una constante y fiel correspondencia á la plenitud de gracias que había recibido. Pero, esta grandeza personal de nuestra augusta Madre era el fundamento de otra grandeza que Dios le preparaba, á saber: la grandeza que en público ha adquirido.

La Santísima Virgen obtuvo el privilegio de la Concepción Inmaculada porque estaba predestinada al gran privilegio de ser la Madre de Dios. Ved ahí la grandeza de que voy á hablaros. Para hacéroslo comprender no apelaré á estudiadas palabras, sino á meros y naturales hechos. Procuraré encontrar el secreto de esa grandeza en ciertas relaciones que unen á la Santísima Virgen con su Hijo, al objeto de que esta grandeza se os presente tal cual es en realidad; es decir, una comunicación, un reflejo de la grandeza de Jesucristo, en con-

formidad á estas palabras de mi texto: «Apareció una mujer vestida del sol: *Mulier amicta sole.*»

Hé ahí el asunto y la división de este discurso. Tres cosas especialmente constituyen la grandeza pública, que son: la dignidad, el ministerio y el poder. La Santísima Virgen, por las misteriosas relaciones que la unen con nuestro divino Salvador, ó si quereis, en virtud de su divina maternidad, fué encumbrada á la más alta dignidad, al supremo ministerio, al más elevado poder. Dichosos vosotros, hermanos míos, si al hablaros de las grandezas de vuestra Madre, pudiera moveros á corresponderle filialmente, y en cumplimiento de nuestros deberes á tributar á su dignidad vuestro respeto, á su ministerio vuestro amor, y á su poder vuestra confianza. Pidamos esta gracia á la Santísima Virgen, implorando su intercesión. A. M.

El primer motivo de la grandeza pública de María es su dignidad. La dignidad tomada en su sentido más lato, significa el grado ó la categoría que ocupa un sér en la jerarquía de los séres. Ahora bien; la Santísima Virgen, por su divina maternidad, subió al punto superior á que puede subir una criatura: en unión con Dios produjo á Jesucristo; en unión con Dios mandó á Jesucristo; en unión con Dios es glorificada por Jesucristo: tres grados de su dignidad, que van á conducirnos hasta su cumbre, que es la dignidad incomparable de María.

Ante todo, á la Santísima Virgen se la admite al honor de producir en unión con Dios á Jesucristo; es decir, que se la asocia al Criador para la más grande de sus creaciones, para la creación de su obra maestra. La obra maestra del Dios criador no es, hermanos míos, este mundo material, cuya armonía escucha Dios desde el fondo de su eternidad; la obra maestra de Dios tampoco es el mundo espiritual, superior al mundo material de modo, que el espíritu más inferior es más grande que el primero de los cuerpos; la obra maestra de Dios tampoco es el hombre, admirable compendio del mundo de los cuerpos y del mundo de los espíritus. El hombre, á quien Dios encuentra tan bello, como que Él mismo le admira después de haberle criado, y le aprueba como un reflejo de su propia hermosura, no es su obra maestra; ni tampoco lo es esa criatura de cuya grandeza me ocupo en este momento, la Virgen Inmaculada, más bella que la primera Eva, vestida de inocencia, de justicia y de inmortalidad. La obra maestra de Dios es Aquel, cuyo solo nombre hace in-

clinar vuestras cabezas con respeto y con amor; es Jesucristo: ¡ved ahí la obra de Dios!

Y repito, que á María se la admite al honor de producir en union con Dios esta obra maestra. Con efecto; quitad la accion de Dios, generador eterno del Verbo, y Jesucristo sería un hombre, y no Dios; quitad la intervencion de María en la Encarnacion del Verbo, y Jesucristo sería Dios, pero no hombre; en una palabra: no existiría el Dios-Hombre, el Hombre-Dios. La divinidad en Jesucristo procede del seno de Dios; la humanidad en Jesucristo procede del seno de la Madre; el mismo Jesucristo, en su unidad personal, es la misteriosa confluencia de esas dos fuentes, que vienen á unirse y confundirse en Él: *Ecce mysterium dico* (1); Ved aquí el gran misterio. A María se la asocia tambien verdaderamente al honor de producir en union con Dios su obra maestra: este es el primer grado de su dignidad, causa antecedente del segundo: en union con Dios, María manda á Jesucristo.

Lo que más enaltece al hombre á sus propios ojos y á los ojos de los demás es el derecho de mandar: este derecho importa un acto de superioridad, y la obediencia es la aprobacion y el reconocimiento espontáneo de esta superioridad. Hé ahí porque el amor de nuestra propia grandeza se confunde en nosotros con el amor del mando: nos creemos tanto más enaltecidos cuanto más se nos obedece. Con efecto, el que nos obedece nos encumbra con su propia grandeza, porque, sometiéndose á nosotros, confiesa que, bajo este aspecto, somos, al ménos, en cierto modo, más elevados que él. Así que puede establecerse como un principio incontestable, que la dignidad del que manda es proporcional á la grandeza del que obedece: y en virtud de este principio comprendereis, hermanos míos, algo de la dignidad que obtiene María en el honor de mandar á Jesucristo: á Jesucristo, cuya grandeza personal es muy superior á la de la creacion; á Jesucristo, constituido por su grandeza pública para dominar sobre todas las criaturas.

¿Extrañareis, acaso, que la criatura pueda mandar al Criador, que María pueda mandar á Jesucristo? Establecido un principio no debe retrocederse jamás ante sus consecuencias lógicas. María, en presencia de Jesucristo, se presenta como una madre ante su hijo; pero en union con Dios, hablando en un sentido estricto, tiene cierta autoridad sobre Jesucristo: por consiguiente, María obtiene á los ojos de su

(1) Cor. XV, 51.

Hijo, no solo una grandeza que Él mismo venera, sino tambien una autoridad á que obedece. Sí; una mujer manda á esta grandeza, ante la cual se humillan todas las criaturas: á esta majestad, ante la cual cede toda otra majestad; á este príncipe, á este rey, á este Dios, en fin; y Jesucristo la obedece. En la dificultad de comprender semejante relacion os admirareis sin duda; pero hé aquí cómo se explica San Bernardo: «En dos razones se funda el milagro, y uno no sabe que admirar más, si el milagro de humildad en el Hijo, ó el milagro de grandeza en la Madre. Que un Dios obedezca á una mujer es una humildad sin ejemplo; pero, que una mujer mande á un Dios es una sublimidad que no reconoce punto de comparacion.» ¡Ah! si es una gloria para las vírgenes seguir en los Cielos al divino Cordero, adonde quiera que vaya, ¡qué gloria no merecerá la Virgen por excelencia, cuando se la admite al honor, no de seguirle, sino de preceder delante de Él! ¡Ah! solo Él puede conceder á su Madre un grado de gloria que sea digna de sí; y hé aquí el tercer grado de su dignidad: la de ser, en union con Dios, glorificada por Jesucristo.

Y así es en realidad, hermanos míos. Sabeis que todos los seres criados lo han sido para glorificar á Dios en la excelencia de sus perfecciones; todo sér creado enaltece las perfecciones del Criador en proporcion de las que Él mismo le ha comunicado. Pues bien; si Jesucristo es la obra maestra de Dios, si por sí solo vale más que todos los mundos reales, más que todos los mundos posibles, un latido de su corazon, una palabra suya tiene más poder para glorificar al Criador que el movimiento de todos los mundos y todas las armonías de los Cielos. Semejante glorificacion se debe á Dios, como autor de esa humanidad que glorifica al Criador; esa glorificacion se debe tambien á María, como autora de esa humanidad, por la cual se dirige la gloria á Dios, porque María ha contribuido á constituir en Jesucristo el poder de glorificar á su Padre. En efecto, cuando esta augusta Madre se presenta ante su Hijo, puede decirle sin la menor exageracion: «¡Hijo mio! Tú eres la imagen de la sustancia divina, eres el esplendor del Padre, eres tambien mi gloria, y el esplendor descendiende de Ti al rostro de tu Madre.» Hé ahí como la Virgen es glorificada por Jesucristo. Y no solo esto, sino que las tres Personas de la Santísima Trinidad hacen reflejar sobre la Virgen esa gloria que se eleva á Dios, en virtud del gran misterio de la Encarnacion. «Hija mia, la dice el Padre eterno, por tí veo al Verbo arrodillado delante de mí. He visto á mi igual hacerse mi súbdito.— Gloria á vos, Madre mia, le dice el Hijo; Hijo eterno del Padre, todo lo recibo

de Él, nada le doy, nada puedo darle. Por vos le di una gloria superior á la que le rinden todos los mundos.—Gloria á vos, ¡Esposa mía! le dice el Espíritu Santo, estéril en los arcanos de Dios, porque yo soy el término de la suprema fecundidad divina, por vos y en vos he encontrado la fecundidad que glorifica á Dios.»

De esta suerte, hermanos míos, el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo inundan á la Virgen con eternos é invisibles esplendores. Y esta Mujer, adornada, por decirlo así, con estas tres glorias, parece que se oculta en los abismos de lo infinito y desaparece en las profundidades de Dios; porque todo presenta en Ella un carácter divino, ménos lo sustancial de su sér. ¡Sí! María ha recibido, en cierto modo, una dignidad infinita. Y no os admire esta palabra, porque se la aplica el ángel de la escuela, Sto. Tomás de Aquino, cuando dice: «Desde el punto de vista de su grandeza personal la concibo más y más grande; pero desde el punto de vista de su grandeza pública alcanza al límite de lo infinito.»

Ya os he demostrado cuán grande es la dignidad de María: veamos ahora la grandeza de su ministerio. Toda dignidad exige un ministerio correspondiente, porque una dignidad sin ministerio es una dignidad sin objeto. No hay en la creacion sér alguno, por pequeño que sea, al que no se le haya impuesto un ministerio proporcionado á su grandeza: de donde resulta, que siendo María elevada á la más alta dignidad, debía al mismo tiempo constituirse en el más alto ministerio. Así fué en efecto. Asociada á Dios para la produccion de su obra maestra, Jesucristo, está igualmente asociada á Jesucristo para atender á la salvacion del mundo. De esta suerte tiene un ministerio igual á su dignidad. Con efecto; la profecía, el cumplimiento y la continuacion del gran misterio de la Redencion, nos presentan en todas circunstancias á la Santísima Virgen asociada á su divino Hijo para la obra de la redencion del mundo. Ya en la primera y más solemne de todas las profecías, en la que pronunció el mismo Dios al principio del mundo ante la abatida humanidad, señalaba en el horizonte del porvenir á la Reparadora y al Reparador. Dios dijo á la serpiente: «Has seducido á la mujer, y serás maldita; entre la mujer y tú, entre su raza y la tuya pondré una implacable enemistad; y un día quebrantarás tu cabeza. Todo, empero, lo restablecerán á buen estado otro Adán y otra Eva.» Ya veis, hermanos míos, que la promesa del Reparador y de la Reparadora se conservan juntas á través de los siglos, apoyadas en la misma palabra. Cuatro mil años esperó el mundo á Jesucristo Libertador, cuatro mil años esperó el mundo

á María Libertadora; en donde quiera que había una profecía y una figura del uno, había una figura y una profecía del otro. Asociada constantemente en las promesas y en las profecías del misterio, María lo está también por completo á su realizacion; y esta realizacion completa, hermanos míos, es la Encarnacion y Redencion; es el Verbo que toma la humana carne, humillándose hasta este punto; es el Verbo que se sacrifica en la cruz. ¡Pues bien! En estos dos períodos de la realizacion del misterio reparador María está asociada á su divino Hijo: lo está precisamente en el período de la Encarnacion. Dios vá á sorprendernos con otra creacion, y por segunda vez descansará sobre el Verbo: *Omnia per ipsum et in ipso creata sunt*. «Así, dice Pedro de Amiens, ha querido Dios que toda esta grande obra se hiciese por María, con María y en María.» Y á la verdad, Dios vá á crear este mundo nuevo de almas regeneradas por su Hijo; lo apoya sobre su Verbo, y lo apoya también sobre María; ved, pues, como este misterio depende también de una palabra que ha de pronunciar la Santísima Virgen. Para esta segunda creacion era necesario pronunciar otro *Fiat*; pues bien, el *Fiat* de esta segunda creacion ¿quién habrá de pronunciarlo? Escuchad, hermanos míos: el arcángel descendiendo á María y le descubre el gran misterio. «Concebirás y parirás un hijo que se llamará el Hijo del Altísimo: *Filius Altissimi*.» La Virgen quedó admirada é indecisa por un momento, y con su indecision todo quedó en suspenso: el Cielo espera, espera la tierra, esperan los hombres, espera el arcángel... ¡Dios espera también! Por fin, sale de los labios de la Virgen la palabra creadora: «*Ecce ancilla Domini*: Hé aquí la sierva del Señor; *Fiat*, hágase en mí tu voluntad.» ¡*Fiat*! Y en el mismo instante, con la rapidez de la luz que brilló por el poder del primer *Fiat*, el Verbo descendió y quedó consumada la Encarnacion. *Et Verbum caro factum est*. «De este modo, dice S. Bernardo, la Virgen María, con su consentimiento, produjo verdaderamente la salvacion del mundo.

Mas ya que está asociada desde el principio, debe estarlo hasta el fin. La carne de Jesucristo que debe salvar al mundo, debe formarla para el sufrimiento; esa carne es necesario que sea ajada, inmolada, ensangrentada, ¡Mirad el Calvario, hermanos míos, ved allí al Salvador! Ha creído necesario este sacrificio para legitimar su nombre. Se ha llamado Salvador, y ha creído necesario hacerse «hombre de dolores.» Ved allí al Padre de las edades futuras; pero la Madre, ¿dónde está? Ved allí al Reparador; pero ¿dónde está la Reparadora? ¡Miradla al pié de la cruz; contemplad á esa Mujer triste, afligida, desolada como

si fuera el ideal del dolor! Ved ahí á la Madre de las edades futuras. Fija la vista en su Hijo, divina personificación del sufrimiento, y fija en la Madre la mirada del Hijo, en virtud de esta mútua mirada todos los sufrimientos del Hijo pasan al corazón de la Madre: Jesucristo era el hombre de dolores; era necesario que María fuese también Madre de dolores: *Stabat mater dolorosa*. Y lo fué, y quedó sumida en un profundo mar de aflicción: la oigo que repite el *Fiat* de la segunda creación. ¡*Fiat!* ¡Ah! ¡Sí, Hijo, mio, hágase así, puesto que para salvar el mundo es necesario absolutamente padecer! hágase así. ¡Ah! tú eres el Padre de los siglos futuros por tus padecimientos, por tu pasión; yo seré su Madre por la compasión! Pero la obra de María como la de Jesucristo, no terminó en el Calvario; esta carne y esta sangre que han rescatado al mundo, deben rescatarlo y regenerarlo constantemente. Pues bien: en todas partes y después del misterio del Calvario, María está asociada á su divino Hijo. Con efecto, en todas partes la veo: en nuestros sacramentos, en nuestro apostolado y en nuestras fiestas; tres medios de regeneración perpétua.

María está en nuestros sacramentos. María interviene en nuestro apostolado lo mismo que los apóstoles; María triunfa de las herejías lo mismo que los apóstoles; María confunde el error lo mismo que los apóstoles; María mata el pecado en las almas y salva á los pecadores. Si legiones apostólicas hay adornadas con el nombre de Jesucristo, otras tantas en número son las que llevan el nombre de María. La Iglesia católica está tan convencida de la asociación de María al misterio de la redención, como que también ella la asocia en todo y por todo á los misterios de su Hijo, le dedica fiestas análogas á las que celebra en honor de su divino Hijo; y así como honramos la divina concepción de Jesús, honramos la milagrosa concepción de María; así como el universo católico saluda la natividad del divino Libertador, también el universo católico saluda la natividad de la Virgen Libertadora. Se celebra la presentación de Jesús y la presentación de María; la pasión de Jesús y la co-pasión de María; la muerte de Jesús y la muerte de María; la resurrección de Jesús y la resurrección de María; y, por último, la Ascension del divino Redentor y la Asunción gloriosa de María. Cuando el divino Reparador la vió subir á los Cielos, descendió de su trono, y tomándola por la mano, le dijo con visible y conmovedora complacencia: «Vén, madre mía, vén, que vas á ser coronada. Conmigo has padecido, conmigo has sido humillada; vás á tomar posesión de la gloria, vás á tomar

posesión del poder. ¡Sí! desde ahora coloco en tu cabeza la corona de mi reino y pongo en tus manos el cetro de mi omnipotencia.»

Hé aquí ahora la tercera prerogativa de la Santísima Virgen: el poder. Voy á manifestaros, hermanos míos, en pocas palabras la razón de ese poder, y en qué consiste. ¿Cuál es la razón de ese poder? No será inútil explicarla, puesto que hay quien no la comprende. Lo mismo que á toda dignidad le corresponde un cargo, todo cargo requiere un poder; y así como toda dignidad sin cargo es una dignidad que no tiene objeto, un ministerio sin poder es un ministerio sin eficacia. La Santísima Virgen, elevada al más alto ministerio y á la más alta dignidad, debía tener un poder igual á su ministerio y á su dignidad. La dignidad de María es la razón decisiva de su poder; y su dignidad, ya he dicho, que consiste en ser Madre de Jesucristo. Por toda la eternidad María dirá á Jesús: «Tú eres mi hijo;» por toda la eternidad Jesús dirá á María: «Tú eres mi Madre.» De esta relación, que la eternidad no puede destruir, se desprende, que la Santísima Virgen es poderosa, puesto que tiene el poder de inclinar al Todopoderoso. Mas ¿de qué modo? ¡Ah! por derecho maternal y por el amor maternal. Por estas dos razones profundas enlaza, por decirlo así, el poder de su Hijo en todas partes donde interpone estas dos cosas: su derecho, y su amor de Madre, y hace inclinar su voluntad y el corazón de su Hijo. ¡Entre estas dos voluntades hay una armonía incomparable; entre estos dos corazones hay una profunda simpatía!

La segunda razón del poder es el cargo. Algunos preguntarán ¿cómo se comprende que la Virgen sea poderosa? Y yo preguntaría: ¿Cómo se concibe que no lo sea? Cuando Dios ha puesto en todas partes el orden y la armonía en la primera creación, ¿se puede concebir que hiciese una segunda creación sin orden y sin armonía? El más alto cargo sin el poder sería en la Santísima Virgen un error y una contradicción palpable. ¿Cómo! Cuando Dios, al ser el más insignificante, no impone cargo alguno sin otorgarle el poder de cumplirlo, ¿se podrá presumir que Dios concediese á la Santísima Virgen el más alto ministerio sin darle el correspondiente poder? ¡Cómo! Ha tenido el ministerio de producir en unión con Jesucristo la salvación del mundo, el torrente generador ha pasado por Ella para extenderse por el mundo; y ¿se podría pretender ahora, que el gran río desviase su curso pasando completamente fuera de Ella? No puede ser; no puede ser que la Santísima Virgen esté en el Cielo gozando de una majestad sin poder y de una dignidad de mera ostentación.

No ménos fácil me será manifestaros las convincentes pruebas de

ese poder. Escuchad: Dios ha elevado y enaltecido á su Hijo, y le ha dado un nombre sobre todos los nombres, para que al nombre de Jesús todo el mundo doble las rodillas en el Cielo, en la tierra y en el Infierno. Observad la jurisdiccion y el lugar en que se manifiesta el poder de Jesucristo; pues bien, lo mismo debeis entender del poder de María, puesto que su poder es la comunicacion del poder de Jesucristo. Los ángeles, los hombres y los demonios son súbditos suyos. En el Cielo es Reina, y su atributo es la majestad que impera; en la tierra es Madre, y su atributo es la bondad protectora; en el Infierno es la Triunfadora, es decir, la fuerza que triunfa y que destruye á sus enemigos. Los Angeles la miran, los hombres la miran tambien, los demonios la miran igualmente, y todos la glorifican á su modo. Los Angeles dicen: «¡Oh Dios! María es verdaderamente Reina; la reconocemos en su majestad, que nos impone.—¡Oh Dios! dicen los hombres, María es verdaderamente nuestra Madre; la reconocemos en la bondad con que nos protege.—¡Oh Dios! exclaman los demonios, María es verdaderamente nuestra enemiga, nuestra vencedora; la reconocemos en esa fuerza, en ese poder que nos aniquila.» Y por esto se dice con razon, que, lo propio que al nombre de Jesucristo, al nombre de María todo el mundo dobla las rodillas en el Cielo, en la tierra y en los Infiernos.

He dicho, hermanos míos, que la grandeza de María se reasume en su dignidad, en su ministerio y en su poder; y ahora debo decir, para concluir, que no he pretendido excitar en vosotros una admiracion estéril. ¡Ah! No olvidemos, hermanos míos, que esas grandezas de nuestra Madre exigen por parte de sus hijos el cumplimiento de los deberes que les competen. María es grande por su dignidad; luego la dignidad exige veneracion, y la veneracion no es sinó el reconocimiento y la confesion voluntaria de la dignidad: ¡venerad, pues, á la Virgen inmaculada, á la Madre de Dios! Así, cuando pronuncieis esta palabra con que la Iglesia católica perpetúa la angélica salutación, *Ave, María*, no olvideis que saludais la dignidad más grande que existe despues de la de Dios; y, sobre todo, que el pensamiento no ha de avergonzaros por este acto con que se honra al embajador más grande de los Cielos. María es grande por su ministerio, es decir, por el ministerio de la salvacion. El ministerio de la salvacion, hermanos míos, indica amor; María está asociada á este ministerio de Jesucristo; no os negareis por lo tanto á amar á nuestro divino Salvador. ¡Nó! no lo rehusareis. Pues bien; ¿por qué negarlo á María, su asociada? Y puesto que nos ha salvado, no con pa-

labras, sinó con sacrificios, es necesario que le ofrezcáis tambien con vuestros sacrificios y vuestro afecto un sincero testimonio de vuestro amor filial. Por último, María es grande por su poder, y lo que el poder exige, sobre todo, es confianza. Toda confianza supone poder, y es tanto mayor aquélla, cuanto mayor es el poder en que se apoya. Pues bien, hermanos míos; ¿os atreveréis á dudar del poder de María, y, por consiguiente, os atreveríais á desconfiar de él? Nó; tengo una Madre, me digo yo, que está en íntima comunicacion con el Todopoderoso; tengo en el Cielo una poderosa Madre que me protege. Cuando fijo la atencion en este poder de Reina, de Protectora y Vencedora que se ha otorgado á mi Madre, no puedo ménos de exclamar: «¡Dichosa el alma que tiene confianza en mi Madre! Esa alma no perecerá. ¡Dichoso el pecador que se acuerda de Ella! ¡Dichoso el pecador que en la hora de sus mayores abatimientos, de sus debilidades más profundas, sepa apelar con eficacia al poder de invocarla! Ese pecador no perecerá.

Confianza, pues, pecadores, porque sereis salvos quebrantando por medio de María la cabeza de la serpiente; y triunfando de Satanás por la Virgen María, tendreis un nuevo testimonio de que la Virgen inmaculada, siendo Madre de Dios, sigue siéndolo siempre de los hombres, y que por su intercesion podemos alcanzar la felicidad eterna, que á todos os deseo.